

BASURA

sylvia aguilar zéleny

*Para mi hijo Juan,
porque sí, porque puedo.*

*Trash don't know the meaning of use.
Just like you kids.*

DOROTHY ALLISON

UNO

1

La casa era pequeña. Una de esas casas con comida a diario. Tenía las cuatro paredes. Firmes todas. Tenía ventanas, puerta y chapa. Una buena chapa. Tenía dos catres, tres sillas, una mesa y una estufita; tenía tazas, platos, cucharas, cuchillos. La casa tenía chapa.

En esa casa vivía yo con ella.

Si cierro los ojos la veo a ella. La cara como recién lavada. El cabello recogido en una coleta. El delantal siempre sobre su ropa, sus bolsas delanteras llenas de llaves, monedas, billetes de a veinte, una estampita de la virgen, hilo. Una aguja ensartada en el carrete de hilo.

Ella trabajaba limpiando casas en el otro lado, ahí, con los gringos o para mexicanos que vivían como gringos, no sé. Sólo sé que cruzaba el puente del centro todos los días para llegar a gringolandia. Es una chinga ese ir y venir, pero una chinga bien pagada, decía a quien se le cruzara.

El delantal guardado en la bolsa, para que los migras no creyeran que trabajaba allá. A veces empujaba un carrito de esos de supermercado que agarraba de no sé dónde. Un carrito cargado de cosas. Los gringos, o los mexicanos que vivían como gringos, siempre le daban comida, ropa, zapatos, así. Era raro que llegara con las manos vacías. Y no importa lo que trajera yo siempre me ponía feliz.

Porque si cierro los ojos me veo también a mí, pero no como soy ahora, sino como era entonces, chiquita, pendeja, bien lela, viéndola, adorándola. Pendeja.

En una de esas casas para las que trabajaba había niñas. Lo sé porque a veces llegaba con cosas sólo para mí: zapatos, juguetes, libros, camisetas con la cara de la Barbie. Las niñas ya no usan esto, las niñas ya no juegan con esto, las niñas ya no quieren esto, me decía. Todo, les dan todo. Nomás estiran la mano y tienen lo que quieren. Ve nomás, todo lo dejan nuevo, has de cuenta que estás estrenando, Alicia, a ver mídete esto, ahora póntelo con estos tenis, te digo, bien nuevitos.

A mí la ropa me daba como igual, pero más me gustaban los libros que también me traía. Ya los leyeron decía. Y yo feliz, feliz porque en los libros había hadas, sapos encantados, conejos con reloj. También traje juguetes, decía, mira ni parece que los tocaron alguna vez. Los juguetes no eran juguetes, eran juegos de mesa para dos o más, cosas para ponerte a pensar, rompecabezas difícilísimos de armar a solas. En cambio, los libros no te necesitan más que a ti. Se leen a solas.

Toda la semana se turnaba entre casas en el otro lado y una que otra casa acá, casas de los ricos. Muy lejos de nuestro

rumbo. Las dos vivíamos del sueldo que le daban por limpiar y de cosas extra que hacía. Tienes suerte, me decía, yo a tu edad ya trabajaba. A veces llegaba con ropa que había que planchar, dejar lisita, como nueva. O ropa para remendar, un dobladillo, una costura aquí, muchos botones. En eso se le iban la tarde y los fines de semana. Remendar, planchar, y luego otra vez desde el principio.

Por las noches, después de dejar listo mi uniforme y la estufa bien limpia, se sentaba y me pedía que la sobara y yo lo hacía con gusto porque me gustaba el olor de su crema de pies, me gustaba dejar caer el chorrito y deslizar la crema por el empeine, luego en la planta, después entre sus dedos. Jálamelos, me decía, truénamelos todos. Y yo bien obediente lo hacía, uno porque ella me lo pedía y otro porque me gustaba ese sonido, el cric crac de cada uno. Ella cerraba los ojos, sonreía, yo sentía que le daba gusto masajeándole los pies, lo hacía, movimientos lentos, suaves, como con amor.

Bien pendeja yo.

No sé qué hacía conmigo cuando yo todavía no iba a la escuela, como que mi memoria inicia en el primero de kínder, ella llevándome de la mano y yo con una falda azul, una blusa blanca y un delantal de esos de cuadritos. Luego tengo otras imágenes, las dos caminando hombro a hombro cuando yo ya no era de esas niñitas que corren y cruzan la calle sin fijarse. Pórtate bien, estudia mucho, pon atención, me repetía antes de decirme adiós. Y yo lo hacía, me portaba bien, estudiaba mucho, ponía atención, levantaba la mano para contestar, entregaba mis trabajos antes que nadie. Leía en voz alta mejor que nadie.

De la escuela pocas veces me recogía, porque ya dije, ella trabajaba. Así que me encargaba con una de las vecinas y con sus hijos. Me tenía que quedar con ellos hasta que ella llegara por mí. Me entretenía viendo la tele con los otros niños o haciendo la tarea. El estómago me crujía, me acuerdo, pero yo no tenía permiso de comer ahí y mejor, a mí lo que me gustaba era comer con ella. Pasarle el tomate, quitarle las capas a la cebolla, mezclar la sal y la pimienta a la carne molida, poner la mesa: dos platos, dos vasos, cucharas, tenedores, un solo cuchillo que era el que ella usaba para cortarme la carne. Nunca he vuelto a comer una sopa de fideos como la suya. Su chile colorado con carne y papas. Las albóndigas.

Lo primero siempre era quemar las tortillas de maíz. Nos gustaban mucho. Les embarraba mantequilla, les ponía un poquito de sal. Me comía yo una o dos antes de que la comida estuviera hecha. Porque había comida. Comida, calientita, recién hecha.

Las tortillas quemadas quitan el hambre y el frío. Eso era lo que ella decía. También decía que era mentira que comer maseca cruda hacía daño. Me acuerdo que a mí me gustaba ayudarla a hacer las tortillas, revolver el agua tibia con la maseca, mover los dedos. Y luego cuando torteaba siempre cantaba una canción, ¿cómo iba? Ella cantaba todo el tiempo, a veces todavía creo que la oigo cantar cuando en la noche no se escucha nada. Mientras cocinaba, planchaba o lavaba, ella cante y cante. Me gustaba su voz, las canciones de moda salían de su boca, pero se oían diferentes. No mejores, diferentes.

En sus canciones favoritas siempre se repetían palabras como amor, culpa, olvido, se sentían más así, como que ella era la que sentía amor y culpa y olvido. Había canciones que no cantaba, sonaban en la radio y me decía: súbete, súbete más. Su boca decía una tras otra las palabras de la canción, nomás que sin sonido. No sé qué canciones eran ni quiénes las interpretaban, pero todavía hoy cuando una de ellas se aparece en la radio la veo clarito. Pinche vieja, hasta siento que la extraño. No era que cantara bien, era que lo hacía con ganas, como que todo desaparecía cuando ella se entregaba a sus canciones. Cuando me sorprendía oyéndola cantar, apagaba el radio de golpe y me decía: basta de holgazanear, a ver, lee en voz alta.

El hábito de la lectura me lo formó ella. Yo le leía y ella remendaba: una bastilla, una costura, botones. O planchaba: un vestido, una camisa, la línea de un pantalón. No sé si ya lo dije, pero ella aparte de limpiar y cuidar niños, era costurera, hacía composturas de todo tipo a la ropa de sus clientes. Gente de esa, de la que paga para que le hagan todo. Ella no me enseñó ni a lavar ni a planchar ni a remendar. Estás muy chica. Así me decía. Ya habrá tiempo, se ve fácil pero no lo es. Hay que saber cuánto jabón, qué tan caliente la plancha. Hay que hacer la costura invisible. Un día te enseño porque nunca sabes cuándo tus manos son las que te van a sacar de apuros, repetía.

Yo ni lavo ni plancho ni zurzo, pero mis manos son las que me sacan de apuros. Porque ella me enseñó a pepenar. Fue gracias a ella que yo aprendí dónde estaban las mejores cosas, las que todos querían, las casi nuevas. Basura fina,

decía ella. Veía el reloj y me decía: Vente niña, niña, así me llamaba. Vamos de cacería, que a esta hora no hay nadie. Cacería, así lo decía.

Yo lo llamo trabajar.

Voy a trabajar le digo a nadie en cuantito me levanto.

La cacería, esa la hacen otros. La hacen por mí.

En esa época no hacíamos lo que ahora yo hago todos los días. No pasábamos la mañana acá esperando que llegara el camión de la basura. No nos poníamos bajo la carga, bajo la cascada de cosas para agarrar primero. No nos peleábamos por esta cosa o aquella. No agarrábamos cosas para luego venderlas. No. Nosotras íbamos al basurero por la tarde, cuando ya casi no había nadie, cuando a quién le importa qué te llevas. Cuando hay poco que escoger y te tomas el tiempo para hacerlo.

Apenas llegábamos, ella ponía en práctica su método. Primero caminar y caminar, empujar con el pie un montón y luego otro. Ver lo que de ahí se desparramaba. Más caminar. De pronto, alto. Miraba al horizonte de izquierda a derecha y de arriba abajo. Ella era un pirata buscando su isla del tesoro. Y cuando la encontraba, señalaba con el índice y decía, ahí, ahí mero, niña. Y ahí, ahí mero era donde, después de abrir una y otra y otra bolsa de esas de las grandes o de escarbar y escarbar, encontrábamos algo, un sartén, una colcha, ropa, chanclas disparejas o no, latas de comida. El tesoro.

Increíble lo que la gente tira, abandona y olvida. Hasta lo más privado de las casas termina acá. Lo que unos dejan a medias acá nos completa.

Ella era una experta para las latas de comida, era como si las oliera y supiera dónde se escondían. Las latas vienen por épocas, eso lo aprendí después. Hay épocas en que si acaso una o dos por semana, de esas, sin etiqueta. Luego, te encuentras muchas de atún en verano. Latas golpeadas que los supermercados gringos descartan. Bueno y es que aquí uno encuentra todo lo que los gringos y los mexicanos descartan. Entre noviembre y diciembre, te encuentras otro montón de esas con sweet potatoes, que son camotes y con salsa gelatinosa de cranberry, ingredientes de la época de fiestas en el otro lado. Yo no sé qué es, pero sé que se la puedes untar a un pan y te endulza la panza bien machín.

Ella no vendía lo que encontraba, todo era para nosotras. Así que un chingo de nuestras cosas venían o de los clósets de sus clientes o del basurero municipal. Vivíamos de los otros. Sí señor, ya desde entonces vivía yo de los restos de otros. Yo misma era un resto de otros.

Las latas de soda ni las tocaba, era como si no supiera lo que todos sabemos aquí, que esas significan dinero rápido. Tampoco recogía botellas de plástico. PETS, les llamamos los que sabemos. No sabía lo valiosas que eran, lo mucho que se podía sacar con ellas. Lo de las latas de soda, lo de los PETS y lo de los metales lo vine a descubrir cuando ella ya no estaba. Bueno, no lo descubrí. Me lo enseñó don Chepe. A ese viejo todos le temen. Pero cuando entras a su círculo, te cuida y ve por ti.

Don Chepe cuida y ve por mí. Yo soy del círculo.

De acá ella sólo sacaba lo básico. Nosotras, que te quede claro, no tenemos necesidad de esto. Así me decía todo el

tiempo. Lo hacemos solamente porque sí, porque está ahí, pero tú y yo vivimos mejor que esta gente. ¿Por qué? Porque yo tengo un trabajo que paga y mi ingreso nos cuida. Que nadie te haga creer que eres como cualquiera de las peladitas que están ahí, míralas, rasque y rasque en la basura para ver qué consiguen. Y no voltees, no levantes la mirada, tú a lo tuyo. No mirar a los demás mientras estábamos pepenando era, en realidad, una manera de creerse que nadie la veía, que nadie nos veía, que nadie se daba cuenta de que nosotras, también, sacábamos de ahí para vivir.

Pero la neta es que nosotras también le entrábamos al rasque y rasque en la basura. Especialmente cuando ella agarraba la fiesta un viernes o cuando faltaba a una o dos de las casas en las que trabajaba. Entonces sí, como no había pan, queso, huevo, tortillas, veníamos aquí. Cruzábamos todos los baldíos que separaban nuestra casa de este lugar y a buscar, pizcar, pepenar.

Cazar.

Así fue como aprendí a separar lo que todavía sirve y lo que se puede arreglar. Lo que todavía se puede comer y lo que ni para los perros. Sus lecciones me mostraron a vivir a fuerza de nada, me hicieron quien soy.

Por ella soy quien soy.

Y por ella, pinche vieja, estoy donde estoy.